

## LOS MIEDOS EN LA CRIANZA

Ser madre o ser padre implica desde el principio aprender a afrontar nuestro miedo, a vivir con él. Dan miedo muchas cosas, desde las pequeñas y cotidianas: que se caiga, que lllore y no saber qué le pasa o cómo consolarle, que no coma bien...hasta los más graves: que esté enfermo o que le hagan daño.

Hay dos miedos esenciales de los que se habla poco pero que en mi opinión juegan un papel clave en la crianza de nuestros hijos o hijas: el miedo a que les pase algo y el miedo que tenemos los propios padres y madres a hacerles nosotros daño.

Como miedos que son, ambos son irracionales, automáticos casi, difíciles de controlar. Pero hay una diferencia entre ambos: el primero es aceptable socialmente, de hecho se mira con simpatía, con comprensión. Existe una tendencia muy habitual en nuestra sociedad a sobreproteger a los niños y niñas, amparada y justificada por este miedo. Factores que favorecen esta tendencia hay muchos, entre otros, que tenemos pocos hijos, los vínculos afectivos con ellos son profundos y cultivamos, en muchos casos con gran consciencia, nuestro deseo de hacerles felices.

Pero el segundo miedo, el miedo a ser nosotros, sus padres, quienes les dañemos, no está aceptado socialmente. Plantear cualquier tarde en la reunión de madres y padres en un parque, o en una comida familiar que uno tenga miedo a hacer daño a sus propios hijos es algo casi contra natura. Por un lado, porque muchos padres no se plantean esa posibilidad, no la hacen consciente. Sencillamente no es posible. Porque la sociedad necesita creer que las madres y los padres no hacemos daño a nuestros hijos e hijas. El daño si llega, siempre vendrá de fuera, de los desconocidos, de los locos, de los que están fuera de esa burbuja que tanto empeño ponemos en construir alrededor de nuestros hijos. La sociedad defiende como un valor inquebrantable el amor incondicional de los padres a los hijos, especialmente el de las madres, de quienes se dice y se acepta que nadie podrá querer a sus hijos e hijas como ellas. Casi siempre el amor maternal aparece como ejemplo del máximo amor posible.

Pero el amor no es una garantía. Querer a alguien no es suficiente, hay que saber quererle bien. Y a querer bien se aprende, en parte a través de los modelos afectivos que interiorizamos en nuestra infancia, en parte a través de un proceso de crecimiento personal posterior. Pero sobre todo lo aprendemos en la cotidianidad con nuestros hijos e hijas, que se vuelven nuestros maestros. Y nos transforman, y nos enseñan, y nos cambian. Como ocurre en otras clases de amor, por ejemplo en la pareja, donde la convivencia se convierte en un aprendizaje mutuo pero también en un reto. Un aprendizaje y un reto que no se afrontan hasta que no se convive. Y en esa convivencia, uno de los aprendizajes esenciales como madres y padres es justamente tomar conciencia de nuestros errores y que podemos ser los principales causantes del dolor a nuestros hijos, saber escuchar a las personas que nos rodean y pedir ayuda cuando nos hace falta.

Porque hacerlo bien 365 días al año 24 horas al día es sencillamente imposible. Luego como madres y padres, por mucho que queramos a nuestros hijos e hijas, nos vamos a equivocar. Y cuando nos equivocamos podemos hacerles daño. También puede que les hagamos más fuertes, y más sabios por el aprendizaje que de ese daño derive. Pero de ahí el miedo: el

miedo a hacerles daño, a que un día nuestros hijos nos miren y nos pidan cuentas. Y hay cuentas más diáfanos que otras.

Los padres, y las familias en general lo hacen lo mejor que pueden y saben. Y a veces ese lo mejor que pueden y saben significa muy bien y a veces no tanto. Y creo que se podrían disminuir y abordar muchas situaciones de riesgo si se pudiera hablar de esos miedos y de ese daño. Porque narrándolo lo hacemos real y lo convertimos en algo ante lo que podemos actuar, que podemos perdonar y volver a empezar. Porque uno de los aprendizajes más difíciles que tenemos como padres es aprender a perdonarnos por nuestros errores, a aceptar nuestra vulnerabilidad, nuestra debilidad. Sabiendo sobre todo que, aunque hoy te hayas equivocado, mañana seguirás siendo madre, o padre y tocará volver a intentar hacerlo bien.

En la mayoría de los casos, las madres y los padres aman a sus hijos. Pero también se sienten asustados, y solos, y confundidos. Y es necesario crear espacios para que todas esas emociones puedan ser expresadas sin ser condenadas o censuradas. Y en esto no hay diferencia entre tener un hijo biológico, adoptivo o en acogimiento. Pero también estoy convencida de que este miedo, el miedo a no saber hacerlo, a meter la pata, a no saber manejar la historia y las situaciones que traen consigo los niños y niñas que llegan a las familias por adopción u acogimiento es uno de los grandes impedimentos para que estas formas de maternidad y paternidad se afiancen en nuestra sociedad.

Pepa Horno Goicoechea

Consultora en Infancia, afectividad y protección

Espirales Consultoría de Infancia

[www.espiralesci.es/](http://www.espiralesci.es/) [www.pepahorno.es](http://www.pepahorno.es)

twiter: @espiralesci/ @pepahorno